



La Lima de Mario Vargas Llosa

Rutas literarias



Presentación

Conocer una ciudad a través de la obra de un escritor significa no solo recorrerla como escenario físico, consistente en calles, barrios y locales (muchos de los cuales aún existen). Sino también es un ejercicio que requiere imaginación, y muy especialmente sensibilidad, para captar un espacio y una época que ya pasaron (y que quedaron plasmados en una novela) y sensibilidad también para darle un nuevo significado a un obra como la de Mario Vargas Llosa, el narrador peruano de mayor fama internacional.

Las obras que sirvieron de referencia forman parte de la primera etapa de producción de Vargas Llosa. Aunque muchos espacios han cambiado o ya no existen, recorrerlos será una forma de viaje al pasado para entender aquel contexto que moldeó la forma de ser de toda una generación.

A esta primera guía le seguirán otras dedicadas a otras destacadas plumas peruanas. De esta forma, PromPerú contribuye a enriquecer el patrimonio cultural y la identidad de la ciudad de Lima.

PROMPERÚ

Comisión de Promoción para la Exportación y el Turismo



Contenido

LA LIMA DE MARIO VARGAS LLOSA 2

Día domingo (Los Jefes) – Los Cachorros 10

 El mesocrático Miraflores..... 12

 La Herradura, playa y trago 21

La ciudad y los perros..... 25

 El barrio Diego Ferré..... 27

 El dedo de Manco Cápac, en la Victoria..... 35

 Escenarios del Centro de Lima..... 39

 El esfumado Barranco 43

 Desfile en el Campo de Marte..... 45

 Centro y periferia 45

 Colegio Militar Leoncio Prado 46

Conversación en La Catedral 50

 Otra versión de Miraflores..... 51

 El núcleo, el centro 52

 La Catedral, no una iglesia 54

Reseña Biográfica 60

Obras de Mario Vargas Llosa..... 61

Fachada de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde Mario Vargas Llosa estudió Derecho y Literatura



M. Carrillo / FP

Hay muchas razones para leer una novela:

compartir con el autor una historia fantástica, reencontrarse con la realidad por la vía de la ficción, despejar la mente, buscar un horizonte más grande que el rutinario, pasar el tiempo, entretenerse, desarrollar un sentido crítico más agudo, volar con la imaginación.

Proponemos en la presente guía, recorrer los lugares que en ciertos relatos de Mario Vargas Llosa, son la escenografía para la puesta en escena de historias extraordinariamente sólidas en su ficción y en sus relaciones con lo real. Son los lugares limeños de cuatro obras: **Día domingo** (de **Los jefes**), **Los cachorros**, **La ciudad y los perros** y **Conversación en La Catedral**.

La ruta literaria que estamos proponiendo es una tarea que el lector tiene la oportunidad de crear por sí mismo, buscando en los textos del novelista los lugares capitalinos y luego, ubicarlos; para recorrerlos, ayudado por la presente herramienta que **PromPerú** pone en sus manos. No hay manera de perderse: la obra de Vargas Llosa siempre tiene un sentido.



¿El regalo de Navidad de un padre miraflorentino a su hijo, en la Lima de los años cincuenta?



Jóvenes limeños de gala, en los cincuenta.
MVLI es el séptimo, en sentido de las agujas del reloj.
(Archivo familia Vargas Llosa)

La Lima de **Mario Vargas Llosa**



El espacio geográfico, social y humano juega un papel preponderante en la narración vargasllosiana, es el escenario en el que se despliega la ficción, ese recurso compensatorio a la mezquindad de la vida real que el autor reivindica como una de las mayores gratificaciones con que cuenta el ser humano. La larga y valiosa obra del novelista se desarrolla en tiempos diversos y en múltiples lugares, hoy ya dispersos en el mundo entero. Sin embargo, sus primeros relatos, los que lo lanzan ante el mundo como un narrador de enorme talento, están ubicados en ámbitos urbanos peruanos.

La Lima de hace cincuenta años, sus barrios, sus personajes, sus atmósferas, encuentros y desencuentros, conforman el hábitat de ciertos cuentos de **Los jefes**, de la breve y extraordinaria narración **Los cachorros**, de **La ciudad y los perros**, de **Conversación en La Catedral**, de **La tía Julia y el escribidor**, de **El loco de los balcones**.



En La Colmena, donde hoy se luce una pollería, se ubicaba el Bransa, escenario de vida y obra de Vargas Llosa en el centro de Lima

Cubriendo áreas geográficas de todo el Perú, con una carga simbólica en cada una de ellas, la obra de Vargas Llosa luego transita por sitios del planeta entero, en las obras que siguen a **La guerra del fin del mundo**, hasta las más recientes. Siempre conectando el perfil de los personajes, los recursos narrativos, las atmósferas, con los lugares. Esta identificación entre lugar y ficción, quizás tenga que ver con el impacto que en la biografía de Vargas



Farola en la Plaza San Martín, con el Club Nacional al fondo, donde trabajó MVLI como asistente de biblioteca

Llosa han tenido los puntos en los que ha vivido o por los que se ha desplazado. Su obra no ficcional, especialmente **El pez en el agua**, contiene innumerables referencias al valor y al peso que ha jugado el espacio en la vida del autor. Mario Vargas Llosa en múltiples entrevistas ha expresado la relación directa entre ciertos referentes de su vida, con los ámbitos en los que se despliegan sus personajes y sus historias. De ahí el interés en conocer estos lugares, en observar cómo han evolucionado en el tiempo, de recorrerlos tratando de entender su cualidad de ecosistemas para la creación del novelista. Sin duda, el tópico de la ficción como balance a la realidad, ha anotado en Lima sus más altas cotas. Las primeras obras de MVLI (años 50 y 60) se sitúan en un momento en el



que la movilidad social, si bien se iniciaba con fuerza con las grandes migraciones del campo a la ciudad, ese impulso por mudarse a la capital y cambiarla toda según nuevas variables sociales, aún no se sentía como se comenzó a percibir más tarde. Una especie de quietud, estancamiento y calma chicha produjeron que Lima se mantuviera segmentada por barrios según niveles socio económicos muy distinguibles unos de otros:

La Lima de entonces era todavía –fines de los cuarenta- una ciudad pequeña, segura, tranquila y mentirosa. Vivíamos en compartimentos estancos. Los ricos y acomodados en Orrantía y San Isidro; la clase media de más ingresos en Miraflores y la de menos en Magdalena, San Miguel,

En los años sesenta la Plaza San Martín, con sus bares y cafés, congregaba a la bohemia limeña, al autor y sus personajes





Miraflores concertaba sin conflictos a la gran mansión con la modesta casita vieja. Calle Ocharán



El Rímac, “al otro lado del puente”, el otro mundo en Conversación en La Catedral

Barranco; los pobres, en La Victoria, Lince, Bajo el Puente, el Porvenir. Los muchachos de clases privilegiadas a los pobres casi no los veíamos y ni siquiera nos dábamos cuenta de su existencia: ellos estaban allá, en sus barrios, sitios peligrosos y remotos donde, al parecer, había crímenes. Un muchacho de mi medio, si no salía de Lima, podía pasarse la vida con la ilusión de vivir en un país de hispanohablantes, blancos y mestizos, totalmente ignorante de los millones de indios quechuhablantes y con unos modos de vida diferentes.¹

¹ Diccionario del amante de América Latina. PAIDOS, Barcelona 2006.



Día domingo (Los jefes) - Los cachorros²

El distrito limeño de Miraflores, situado al sur de la ciudad capital, tiene una serie de peculiaridades en contraste con los otros espacios municipales limeños. Una de ellas, es una marcada identidad, un sentido de arraigo, de pertenencia –*de barrio*, diría MVLI- originado quizás en que su población mayoritariamente pertenece a la clase media. Por tanto, en sus calles, parques, malecones y zonas comerciales, prima un paisaje social parejo, vivido de puertas afuera, por oposición a los distritos de clase alta, donde la cotidianeidad se despliega detrás de los muros, rejas y cercos eléctricos de sus casas y condominios. Un estereotipo ciertamente falso identifica a Miraflores con la oligarquía tradicional

² Peisa, Lima 1997



La Plaza San Martín desde siempre ha sido un reflejo de los cambios sociales que se producen en la capital del Perú

limeña. Si hacemos historia, veremos que no es así; que este distrito ha acogido siempre a una clase media plural y, a la vez, homogénea. La biografía de Mario Vargas Llosa tiene en Miraflores momentos de enorme significado, en la adolescencia, en la juventud, en los años de la rebeldía y la ruptura con el modelo paterno. Es ese significado ambivalente, vinculado de manera dual y contradictoria, que el autor en repetidas ocasiones ha expresado sentir por el Perú. El escenario del cuento *Día domingo* (Los jefes, 1959) y de la novela corta *Los cachorros* (1967), es esencialmente el distrito de Miraflores. Este espacio tradicional contiene una gran fuerza simbólica para Vargas Llosa, sobre todo en lo que concierne a la educación sentimental, la suya y la de muchos de sus primeros personajes literarios.

El mesocrático Miraflores

Antes de la llegada de los españoles el actual territorio de Miraflores estaba ocupado por señoríos, o cacicazgos, que vivían de cultivar el valle tanto como de sus recursos marinos. Vestigios de esta pre historia se encuentran en la **huaca Pucllana**, un recinto de culto usado como tal por diversas ocupaciones anteriores a los incas. Durante la época colonial los mercedarios reciben en propiedad las tierras que corresponden a los actuales Miraflores, **Surco** y **San Borja**, mientras que los indios que las habitaban fueron confinados al señorío de **Sulco**.



Porta 183, la quinta minúscula donde vivieron, recién casados, Vargas Llosa y Julia Urquidí

A inicios del XIX los mismos mercedarios inician la venta de lotes, desatando así un proceso acelerado de ocupación de la zona. Es en 1857 cuando se crea como distrito de Lima, debido a su densidad poblacional (1000 habitantes). El crecimiento de Miraflores desde finales del siglo XIX e inicios del XX se da en un intermedio entre ciudad - balneario y lugar fijo de residencia, y va captando a familias limeñas y europeas que descubren en sus recursos naturales, un alternativa grata para vivir. El clima, las huertas, los jardines, el mar, son cualidades que diferencian a este suburbio del sur del vetusto centro de la capital. Gentes nuevas, sin atavismos aristocratizantes, instalan ese espíritu promedio que hasta el día de hoy caracteriza al distrito.

Con el correr del tiempo el crecimiento de Miraflores mantuvo estos rasgos originales, al menos en ciertas



...cerrando el otro extremo, la fachada de una casa de dos pisos, con un pequeño jardín protegido por una baranda verde... (La ciudad y los perros). Casa en la calle Porta, Miraflores

zonas, sobre todo en su parte más antigua. Aún ahora es posible ver, entre las calles **Juan Fanning, Diego Ferré, José Gonzáles, Porta, Ocharán y Buenos Aires**, la convivencia pacífica e integrada entre vecinos de casa burguesa o edificio pretencioso, y pequeños conventillos y quintas de gentes empobrecidas pero dignas, en cuadras que también contienen pequeños negocios (el célebre *chino de la esquina*, ya en franca extinción), como de sastrería, renovación de calzado, corte y confección... Una avenida radial en Miraflores es la **Pardo**, que fuera desde siempre una alameda y que tiene también una importante presencia en los relatos iniciales de Vargas Llosa:



Cambia aceleradamente el perfil del viejo Miraflores, por las nuevas demandas urbanas.
Calle Manuel Bonilla



“La Lima de entonces era todavía –fines de los cuarenta- una ciudad pequeña, segura, tranquila y mentirosa” (MVLI en Diccionario del amante de América Latina). Calle José Gonzáles

La gente seguía en el parque y la avenida Pardo se hallaba desierta; caminaban por la alameda, bajo los ficus de cabelleras altas y tupidas. [Día domingo: 72 - 73]

La actual avenida Pardo mantiene sus árboles, que fueron plantados hacia los años sesenta, luego de que se talaran los originales, casi centenarios, porque sus raíces reventaban las veredas; también su calzada central salpicada de bancas para los paseantes. Pero, por oposición a la referencia que encontramos en el relato, ahora jamás está desierta. Un tráfico intenso enlaza las dos vías con sus ruidos de motores, parte de la dinámica del crecimiento del distrito.

En la esquina de la avenida Pardo (...) marchaban desplegados, bajo los ficus de la alameda, sobre las losetas hinchadas a trechos por las enormes raíces de los árboles que irrumpían a veces en la superficie como garfios. Al bajar por la Diagonal, cruzaron a dos muchachas (...) [Día domingo: 74]

Otra característica de Miraflores es que en las primeras décadas del siglo XX se comienza a llenar de salas de cine y teatro. Son los tiempos del **Leuro**, el **Ricardo**



La gente seguía en el parque y la avenida Pardo se hallaba desierta; caminaban por la alameda, bajo los ficus de cabelleras altas y tupidas (Día domingo)”



“Bajaban por la Diagonal haciendo pases de básquet, (...) cruzábamos el parque a la altura de Las Delicias (...) (Los cachorros)

Palma, el Excelsior, el Canout y el Montecarlo. Este último tenía un bar anexo, célebre por sus butifarras y sus tragos. No era una chingana, éstas se ubicaban en el centro de Lima. Era un decoroso bar miraflorentino, frecuentado por vecinos que se conocían entre ellos y también lugar de iniciación alcohólica para los jóvenes que generalmente estudiaban en los añosos salones del colegio **Maristas Champagnat**:

Nos íbamos a la cazuela del Excelsior, del Ricardo Palma o del Leuro a ver seriales, dramas impropios para señoritas, películas de Cantinflas y Tin Tan.
[Los cachorros: 125]

Desde la puerta del bar vecino al cine Montecarlo, los vio en la mesa de costumbre, dueños del ángulo que formaban las paredes del fondo y de la izquierda.
[Día domingo: 76]



La clase media limeña hereda de la alta la costumbre de tener viviendo en casa al servicio doméstico. Sin embargo, en Miraflores las familias de los años cincuenta no se podían permitir más de dos sirvientas. Una para la cocina y la otra para *el servicio*. Hasta el día de hoy sobrevive esta costumbre –que es a la vez una fuente de empleo y el remanente más visible de los sistemas coloniales de contrata– que incluye el uso de uniformes, un solo día de salida a la semana y un estatus social menor que el de los patrones:

En la avenida Grau había algunos transeúntes; la mayoría sirvientas de trajes chillones en su día de salida.

[Día domingo: 84]

La Diagonal– donde estuviera ubicado **Las Delicias**, un cafecito provinciano que no existe más- es una avenida que va en paralelo a la principal vía de Miraflores, la



(...) se reunían a las diez de la mañana en el Parque Central, vestidos todavía con sus uniformes...
(La ciudad y los perros)

avenida Larco, célebre esta por haber congregado el comercio cuando el centro de Lima deja de ser atractivo para la clase pudiente, y el espacio donde abría sus puertas el **Crem Rica**, en la cuadra 6 de la avenida (hoy **El Manolo**), casi en su cruce con **Shell**, una cafetería que tiene una marcada presencia en varias de las obras de Vargas Llosa, compitiendo con el **D'Onofrio**, que hasta ahora ofrece sus helados frente al **Parque Kennedy**. Diagonal termina en una quebrada natural, por la que se baja a la **Costa Verde**, mientras que se extiende por arriba en un malecón que se corta en el **Parque del Amor** y el puente **Villena Rey**.

La avenida Diagonal desemboca en una pequeña quebrada que se bifurca; por un lado serpentea el malecón, asfaltado y lustrosos; por el otro, hay una pendiente que contornea el cerro y llega hasta el mar. Se llama “la bajada de los baños”, su empedrado es parejo y brilla por el repaso de las llantas de los automóviles y los pies de los bañistas de muchísimos veranos.

[Día domingo: 84-85]

Bajaban por la Diagonal haciendo pases de básquet, (...) cruzábamos el parque a la altura de Las Delicias (...) y en la esquina de la bodeguita de la esquina de D'Onofrio comprábamos barquillos (...). Y después seguían bajando por la Diagonal, el Violín Gitano, sin hablar, la calle Porta (...) hasta el edificio San Nicolás, (...), vamos al Terrazas. [Los cachorros: 118-119]

En los llamados **baños de Miraflores** (desaparecidos hacia los años cincuenta), se desenvolvía la vida de balneario que caracterizaba a Miraflores. No hay que olvidar que desde el siglo XIX este distrito fue elegido como lugar de veraneo, y que este carácter creó una forma arquitectónica –el ranchito miraflorino– de gran belleza, que la modernización ha terminado por desaparecer:

En el verano, desde la baranda del largo y angosto edificio recostado contra el cerro, donde se hallan los cuartos de los bañistas, hasta el límite curvo del mar, había un declive de piedras plomizas donde la gente se asoleaba.

[Día domingo: 84]

En Día domingo y en Los cachorros, Miraflores es a la vez la cuna de los jóvenes de la clase media, el lugar de sus primeros escarceos amorosos, el ámbito para competencias alcohólicas típicamente masculinas y el espacio para el desencanto que implica crecer. Las bandas de muchachos que se enfrentan entre ellas por motivos mitad caballerescos mitad tribales, expresan el espíritu del *rock'n roll*, que hacía estragos en el mundo entero con una propuesta de vida descontracturada, rebelde, anti familiar y sumamente gregaria en eso de solo permitir la pertenencia de los jóvenes.



En Miraflores sobreviven pequeños negocios, venta de dulces

Para la clase alta que el escritor Guillermo Thorndike describe en **Los apachurrantes años cincuenta**, el **Club Waikiki** era una obligación veraniega. Este club está próximo al **Terrazas**, que se crea bajo el mismo concepto cosmopolita y moderno pero se orienta más a la clase media. El Waikiki está situado frente a la costa miraflorina, su terraza y su piscina casi se codean con los automovilistas que van por la Costa Verde.

(...) los domingos se aparecía en el Waikiki (...) y los llevaba al estadio, al cachascán, a los toros, a las carreras, al Bowling, al box. [Los cachorros: 155]

El **Bowling Brunswinck**, al final de Diagonal, frente al **edificio San Nicolás** (que fuera con sus seis pisos uno de los primeros rascacielos de Miraflores), en sus orígenes y por una década fue otro lugar de reunión de la juventud de San Isidro y Miraflores, que se juntaba allí para practicar un deporte absolutamente nuevo en la ciudad, venido de los Estados Unidos, la meca de muchos de ellos. El Bowling Brunswick sigue allí, en Diagonal, aunque en el distrito han aparecido nuevos locales para la práctica de ese deporte.



M. Carrillo / PP

Lima ha crecido de espaldas al mar, los acantilados mirafloresinos de MVLI no mostraban este aspecto



Al fondo la heladería D'Onofrio que continúa abierta en la esquina del Parque Kennedy con Diez Canseco

Esos jóvenes, premonitorios o seguidores de los personajes de *Rebelde Sin Causa*, se divertían en lugares *ad hoc*, o creaban sus propios espacios para un entretenimiento extremo y transgresor. Como las carreras de autos en plena ciudad, con tragos adentro, con la decepción aletargada y la euforia en el timón:

(...) se hizo más famoso todavía, apostando una carrera al amanecer, desde la plaza San Martín hasta el parque Salazar. [Los cachorros: 156]

La Herradura, playa y trago

Otro lugar emblemático para la juventud de estos relatos es la playa **La Herradura**. Situada al extremo sur del distrito de **Chorrillos**, al final de un serpentín que se monta en los accidentes de un cerro pelado, esta playa era mucho más que un lugar para tomar baños de mar. Frente a la costa contiene una hilera de bares y restaurantes en los que los muchachos, que seguían el paradigma de James Dean, se jugaban la reputación en borracheras nocturnas que eran el preámbulo para una visita a los burdeles de **Huatica**. Baños de mar de día, malditismo nocturno, La Herradura:

(...) íbamos juntos a la playa –a La Herradura, ya no a Miraflores- en el auto que sus viejos le habían regalado por Navidad (...). [Los cachorros: 135]

(...), y en La Herradura bajaron y se sentaron en una mesa de El Nacional (...). [Los cachorros: 146]

Todos los lugares reseñados a partir de sus referencias en los respectivos relatos de Vargas Llosa, han cambiado mucho con el tiempo. Resulta por ello muy interesante recorrerlos, libros de Vargas Llosa en mano, para descubrir en qué radican esos cambios, cuánto han variado sus atmósferas, cuáles son los tópicos que en la vida los jóvenes limeños actuales reemplazan a los vargasllosianos, en la práctica real y en la imaginaria.



(...), y en La Herradura bajaron y se sentaron en una mesa de El Nacional (...) (Los cachorros)



Así luce actualmente el bar El Nacional de La Herradura, escenario esencial en Los cachorros



(...) íbamos juntos a la playa –a La Herradura, ya no a Miraflores- en el auto que sus viejos le habían regalado por Navidad (...). (Los cachorros)

La ciudad y los perros³

Extraordinaria novela cuyo universo narrativo reúne en un colegio castrense a jóvenes, casi adolescentes, venidos de diversos lugares y clases sociales del Perú, enviados a estudiar allí la secundaria por razones diversas: agenciarse una educación con pensión gratuita, torcerle la rebeldía al hijo inquieto o buscar que la disciplina militar regrese al macho camino al joven afeminado, engreído o débil de carácter. Como tantos otros ámbitos, este colegio forma parte de la vida de Mario Vargas Llosa. En sus acuarteladas aulas cursa, a inicios de los años cincuenta, los estudios de tercero y cuarto de secundaria, ya que el quinto lo habría de hacer en el colegio San Miguel de Piura.

3 Peisa, Lima 2001



Maniobras militares protagonizadas por los cadetes del Leoncio Prado en los cincuenta, también la escenificación de batallas interiores en *La ciudad y los perros*

El bautizo de los *perros* era en el colegio militar un ritual de iniciación cruel, machista y ferozmente evocativo del espíritu militar latinoamericano tradicional. *Perro* era el recién ingresado que formaba parte del grupo más maltratado dentro de la jerarquía de los estudiantes, pero con la promesa de que al ascender, el *perro* habría de dejar de serlo y poder repetir en nuevos *perros* lo que le hicieron a él. El título de la novela alude a todo este universo de significado. Los meandros de la narración, compuesta en una linealidad rota, van por el lado del poder como castración; pero también, de los abismos infranqueables que una sociedad fraccionada y excluyente impone a sus integrantes como una regla de juego.





El barrio Diego Ferré

Recordemos a los cadetes del **Colegio Militar Leoncio Prado** en esta novela; luego hagamos el seguimiento hasta llegar al distrito del que proviene cada uno, o los lugares que frecuentan debido a sus visitas familiares, sus diversiones, sus desahogos sexuales. El universo de Alberto nos lleva de nuevo a Miraflores:

Una lentísima garúa mecía las hojas de los árboles de la calle Alcanfores. Alberto entró al almacén de la esquina, compró un paquete de cigarrillos, caminó hacia la avenida Larco: pasaban muchos automóviles, algunos último modelo, capotas de colores vivos que contrastaban con el aire ceniza. Había gran número de transeúntes. El Expreso demoraba. [2001: 86]

El contraste entre los automóviles y el Expreso –sistema de transporte urbano con unidades de ómnibus que no existe más– era en Miraflores la expresión de una diferencia generacional, pero también podía aludir a que en ese distrito convivían gentes de niveles sociales y económicos muy distintos, compartiendo el *corpus* de valores que definen a la respetable y respetuosa clase media limeña:

La calle Diego Ferré tiene menos de trescientos metros de largo y cualquier caminante desprevenido la tomaría por un callejón sin salida. En efecto, desde la esquina de la avenida Larco, donde comienza, se ve, dos cuadras más allá, cerrando el otro extremo, la fachada de una casa de dos pisos, con un pequeño jardín protegido por una baranda verde. Pero esa casa que, de lejos, parece tapiar Diego Ferré, pertenece a la estrecha calle Porta, que cruza a aquélla, la detiene y la mata. Entre Porta y la avenida Larco, fragmentan a Diego Ferré otras dos calles paralelas: Colón y Ocharán. Luego de atravesar Diego Ferré terminan súbitamente, doscientos metros al oeste, en el malecón de la Reserva, una serpentina que abraza Miraflores con un cinturón de ladrillos rojos y que es el límite extremo de la ciudad, pues ha sido erigido al borde de los acantilados, sobre el ruidoso, gris y limpio mar de la bahía de Lima. [2001: 64].

Los nombres de las calle citadas corresponden en su mayoría a héroes de la batalla de Miraflores, que se dio el 15 de enero de 1881, en el contexto de la guerra del Pacífico, cuando las tropas chilenas invaden Lima y sus zonas periféricas. **Diego Ferré**, donde está la casa de Alberto, **Porta**, **Ocharán**, conforman un conjunto de trazado irregular, calles angostas que se boicotean entre ellas, un bonito conjunto donde la arquitectura hasta hace poco tiempo era homogénea y no resultaba difícil que nos mostrara buenas muestras del rancho mirafloresino clásico, o las paradigmáticas **quintas**, de especial significado en la vida y obra de Vargas Llosa.

Esta zona de Miraflores no es de las más antiguas, su arquitectura original remite a los años treinta, en adelante. El barrio aún mantiene un aire de paz y tranquilidad, además de que es vecino al mar y a los grandes parques que se abren en la desembocadura del **Malecón 28 de Julio** en el puente Villena Rey.

Actualmente en este punto de confluencia, en el borde del acantilado, se levanta una **escultura de Fernando de Zyslo**, un Intihuatana, tema recurrente en su pintura y en este caso llevado al volumen tridimensional. En una isla entre las calles destaca una **escultura de la artista Sonia Prager**.

Cruzando el puente, hacia el Norte, se encuentra el **Parque del Amor**, muy polémico en su momento, a inicios de los noventa. Las bancas de este parque son caprichosamente asimétricas y están cubiertas con un mosaico colorido con el que se escriben versos de poemas de los más importantes vates peruanos. Casi al centro, contrastando con el mar, se levanta una enorme **escultura de Víctor Delfín, El Beso**, que retrata a una pareja de cholos en pleno abrazo amoroso. Este lugar se ha convertido en el favorito para dos tipos de público: los turistas, que van allí a ver las puestas de sol; y las parejas de novios, que se graban en video y se



Casa del viejo Miraflores, situada en Ocharán, en las coordenadas de Alberto y sus amigos, protagonistas de *La ciudad y los perros*

hacen fotografiar con el atuendo respectivo. A pesar de todos los cambios operados en el distrito de Miraflores, es posible todavía encontrar la atmósfera que describe Vargas Llosa como el entorno de uno de sus personajes de esta gran novela:

Encerradas entre la avenida Larco, el Malecón y la calle Porta, hay media docena de manzanas: un centenar de casas, dos o tres tiendas de comestibles, una farmacia, un puesto de refrescos, un taller de zapatería (semioculto entre un garaje y un muro saliente) y un solar cercado donde funciona una lavandería clandestina. Las calles transversales tienen árboles a los costados de la pista; Diego Ferré no. Todo ese sector es el dominio del barrio. (...), los muchachos se limitaban a hablar del barrio. Y cuando alguien pregunta cuál barrio, para diferenciarse de los otros barrios de Miraflores, el de 28 de Julio, el de Reducto, el de la calle Francia, el de Alcanfores, dicen: “El barrio de Diego Ferré”. [2001: 26-27]

Alberto, llamado *el Poeta* por sus condiscípulos del Leoncio Prado, por aquellos amigos a los que les escribía historias pornográficas, vivía originalmente en San Isidro,



Alberto, el Poeta, es en La ciudad y los perros un personaje injertado en el Leoncio Prado, que sobrevive gracias a la escritura

el barrio oligárquico limeño por excelencia, pero se tuvo que mudar a Miraflores: una caída en su estatus:

Frente a su casa de San Isidro había una librería y el dueño le permitía (a Alberto) leer los Penecas y Billiken detrás del mostrador y, a veces, se los prestaba por un día (...). El cambio de domicilio lo privaría de una distracción excitante: subir a la azotea y contemplar la casa de los Najar, donde en las mañanas se jugaba al tenis y, cuando había sol, se almorzaba en los jardines bajo sombrillas de colores, y en las noches se bailaba y él podía espiar a las parejas que, disimuladamente, iban a la cancha de tenis a besarse.
[2001: 27- 28]

Lima, a pesar de que contiene una extensa porción de litoral, la que va de **Chorrillos** hasta **La Punta**, en el **Callao**, es una ciudad que ha crecido de espaldas al mar. Quizás la excesiva humedad del clima limeño hizo que los barrios miraran tierra adentro, o que la grisura de los largos meses de invierno se hubiera querido anular con el verde de los jardines y parques. Lo cierto es que recién a mediados del siglo XX Lima descubre que tiene vista al mar, y es allí cuando comienzan las construcciones de edificios residenciales en los malecones. En el tiempo de La ciudad y los perros, Miraflores no miraba al mar:

(...) las excursiones al barranco eran largas y arduas. Saltaban el muro de ladrillos a la altura de Colón, planeaban el descenso en una pequeña explanada de tierra, contemplando con ojos graves y experimentados la dentadura vertical del acantilado, y discutían el camino a seguir, registrando desde lo alto los obstáculos que los separaban de la playa pedregosa. (...) Cuando no jugaban fulbito, ni descendían al barranco, ni disputaban la vuelta ciclista a la manzana, iban al cine. Los sábados solían ir en grupo a las matinés del Excelsior o del Ricardo Palma, generalmente a galería. (...) Los domingos era distinto. En la mañana debían ir a misa del Colegio Champagnat de Miraflores. Por lo general, se reunían a las diez de la mañana en el Parque Central, vestidos todavía con sus uniformes, y desde una banca pasaban revista a la gente que entraba a la iglesia o entablaban pugilatos verbales con los muchachos de otros barrios. En las tardes iban al cine, esta vez a platea, bien vestidos y peinados (...) [2001: 65 - 66]

El **Parque Central de Miraflores** es uno de los jardines públicos más importantes de Lima en cuanto a la cantidad y variedad de especies botánicas que guarda. Parte esencial de la historia del distrito, cumple la función de acoger en su entorno al edificio de la máxima autoridad municipal y a la iglesia más importante de la urbe. A poco tiempo del magnicidio de John Kennedy, en un área del parque que va hacia el pasaje **Los Pinos** y la calle Porta, se inauguró el **Parque Kennedy**, célebre por el contraste que da entre su vida diurna y su vida nocturna.

Durante el día acoge a familias de paseo, a niños, a ancianos que buscan tranquilidad. Sus cafés con terrazas techadas reciben incontables turistas. Por la noche este parque es el punto de encuentro de la bohemia joven más radical. Un polo clave en la vida Mirafloresina, este sí de cara al mar, es el que antes se llamaba **Parque Salazar** y que fue convertido a fines de los noventa en un extenso y exitoso centro de compras, turismo y entretenimiento, **Larcomar**.



Cuando existía el Parque Salazar, un lugar tranquilo y sosegado en el que se podía escuchar el rumor del mar, lo visitaban los jóvenes, esos jóvenes mirafloresinos que Vargas Llosa dibuja en Los jefes, en Los cachorros, en La ciudad y los perros. Lugar de abrazos y besos castos pero también de idilios terminados y sufrimiento adolescente, el Parque Salazar reunía algunas esculturas interesantes, un sencillo cuerpo de agua y agradables jardines.

El proyecto Larcomar cambió el concepto de uso público del espacio. Construyó hacia el acantilado una secuencia de tres niveles donde se abrieron cines, tiendas, discotecas, cafés, restaurantes, un teatro, galerías de arte y librerías. Hoy es el lugar más visitado por el turismo que viene a Lima, por sus servicios y por la vista que ofrece a la hora de la puesta de sol. Abundan en La ciudad y los perros las menciones a este lugar, en su diseño original:

Estaban en la avenida Larco, a veinte metros del Parque Salazar. Una serpiente avanza, despacio, por la pista, se enrosca sobre sí misma frente a la explanada, se pierde en la mancha de vehículos estacionados al borde del parque y luego aparece al otro extremo, disminuida: gira y toma nuevamente la avenida Larco, en sentido contrario. Algunos automóviles llevan la radio prendida. (...) A diferencia de

Los domingos era distinto. En la mañana debían ir a misa del Colegio Champagnat de Miraflores. (La ciudad y los perros). Iglesia Virgen Milagrosa, en el Parque Central

Imágenes del Miraflores de hoy: Larcomar, donde antes estuviera el Parque Salazar, (abajo) y el Puente Villena Rey (página opuesta).





“(...) los domingos se aparecía en el Waikiki (...) y los llevaba (...) al Bowling, al box”. (Los cachorros)

cualquier otro día de la semana están cubiertas de gente. Pero nada de eso les llama la atención: el imán que, todas las tardes de domingo, atrae hacia el Parque Salazar a los miraflores menores de veinte años, ejerce su poder sobre ellos desde hace tiempo. No son ajenos a esa multitud sino parte de ella: van bien vestidos, perfumados, el espíritu en paz; se sienten en familia. Miran a su alrededor y encuentran rostros que les sonríen, voces que les hablan en un lenguaje que es el suyo. Son los mismos rostros que han visto mil veces en la piscina del Terrazas, en la playa de Miraflores, en La Herradura, en el Club Regatas, en los cines Ricardo Palma, Leuro o Montecarlo.

[2001: 206-207]

–Dime ¿te paseabas con ella por el Parque Salazar?

–Ni siquiera tuve tiempo. [2001: 359]



El dedo de Manco Cápac, en La Victoria

En las antípodas de un Miraflores clasemediero, conservador, familiar, correcto, y ahora cosmopolita y turístico, se ubica el enorme distrito limeño de **La Victoria**, uno de los más extensos de la metrópoli. Este distrito no tuvo siempre el rostro patibulario que hoy se le adjudica, una fama por demás injusta si es que se observan los cambios recientes operados a su favor, y su prosperidad económica derivada de ese gigantesco emporio empresarial textil, **Gamarra**.

Victoria se llamaba la esposa de José Rufino Echenique, presidente del Perú en la década de los ochenta del siglo XIX. La familia Echenique tenía en las afueras de Lima una casa de campo muy elegante y bien puesta. Según el tradicionalista Ricardo Palma, el 15 de octubre de 1853 en esa mansión se celebró el Baile de la Victoria, para festejar la llegada de José Rufino al sillón presidencial.

Enrique Meiggs, ingeniero inglés traído para la construcción de la red de ferrocarriles que unió los Andes con la costa, fue encargado por el gobierno de realizar el trazo urbanístico del nuevo poblado, que ya se llamaba La Victoria. Para ello hubo que demoler las murallas de la Lima colonial y establecer unos límites a partir de la actual **avenida Grau** hasta el **río Huatica**. La idea era hacer de La Victoria la nueva y moderna capital del Perú.

El distrito de La Victoria fue creado el 2 de febrero de 1920, durante el gobierno de Leguía. El tiempo, la inercia, las dificultades para dejar la vieja sede del centro limeño, hicieron fracasar el proyecto de la nueva capital. La Victoria se convirtió en un barrio obrero, con un vasto desarrollo a inicios del siglo XX. Pero en poco tiempo también se definió como el barrio de los prostíbulos de la ciudad.

Los de **México** y **Huatica**, tan aludidos en La ciudad y los perros, como los lugares para la descarga sexual de los cadetes del Leoncio Prado; como el mágico, sórdido y soñado hábitat de la *Pies Dorados*, la prostituta mitad real mitad imaginada por los muchachos del colegio militar. Vargas Llosa en esta novela hace transitar a sus personajes por La Victoria, hacia el centro:



Inicialmente concebida para ser la nueva y moderna capital del Perú, La Victoria se convirtió en el gran barrio obrero de principios del siglo XX

En el paradero del autobús no hay nadie. (...) debe subir a la volada (...); va apretujado entre una masa de gente y afuera, al otro lado de las ventanillas, (...) él sabe que el vehículo atraviesa descampados y chacras, alguna fábrica, una barriada con casas de latas y cartones, la plaza de toros. [2001:142]

En el corazón de La Victoria se abre la **plaza Manco Cápac**, en cuyo centro se levanta un monumento al inca del mismo nombre, el fundador del Imperio Incaico. Esta obra fue donada a la ciudad de Lima por la colonia japonesa radicada aquí, con ocasión del primer centenario de la Independencia del Perú, celebrado con grandes fastos en 1921. La Victoria, distrito con mucha vida callejera, por sus vivanderas, sus prostitutas, sus ambulantes, es así reseñado en la novela, con sarcasmo:

A medida que avanzaba por 28 de Julio, la avenida se poblaba. Después de cruzar los rieles del tranvía Lima-Chorrillos, se halló en medio de una muchedumbre de obreros, sirvientas, mestizos de pelos lacios, zambos que se cimbreaban al andar como bailando, indios cobrizos, cholos risueños. Pero él sabía que estaba en el distrito



de La Victoria por el olor a comida y bebida criollas que impregnaba el aire, un olor casi visible da a chicharrones y a pisco, a butifarras y a transpiración, a cerveza y a pies. Al atravesar la plaza de La Victoria, enorme y populosa, el Inca de piedra que señala el horizonte le recordó al héroe, y a Vallano que decía: “Manco Cápac es un puto, con su dedo muestra el camino a Huatica”. [2001:99]



La estatua de Manco Cápac situada al centro de la plaza del mismo nombre, en La Victoria, fue donada por la colonia japonesa residente en Lima, en 1921



El centro de Lima de noche, hace cincuenta años, era el espacio de la bohemia y la diversión de intelectuales y periodistas

Escenarios en el centro de Lima

El viejo **centro de Lima**, el que fuera escenario de la espléndida vida cortesana de la Colonia, tanto como del poder de las órdenes religiosas que allí construyeron sus conventos y sus portentosos templos barrocos, ese centro es una atmósfera frecuente en La ciudad y los perros, aunque su máximo carácter escenográfico se dará en Conversación en La Catedral. Los cadetes del Leoncio Prado van al centro cuando empiezan sus días de franco, van en tranvía (un sistema que ya no existe).

En ese centro, en torno a la **plaza San Martín**, que forma parte de la primera gran modernización de Lima y se inaugura en las celebraciones del primer centenario de la Independencia, en 1921, allí estaba la parte parisina de Lima, los cafés modernos, los restaurantes *bistró*, los bares y el célebre **hotel Bolívar**. Este, un hermoso edificio levantado por la misma época en la que se inaugura la plaza, fue nuestro Ritz, nuestro Carrera, nuestro Lido, nuestro *grand hotel*, y hasta hoy pugna por mantener su hermoso local según su esplendor original.

En los tiempos de La ciudad y los perros, parte del hotel era el **Grill Bolívar**, una boîte de gran solera abierta hacia **La Colmena**, a la que acudía la oligarquía limeña para



-El cine Metro es bonito –dijo ella-. Muy elegante. (La ciudad y los perros)

bailar el mambo. Competía con este grill, el **Embassy**, donde se menearon Mara la Savaje, Anakaona, las Dolly Sisters y gritó como una foca el *cara'e foca* Dámaso Pérez Prado. Muchos cadetes iban para tomar el tranvía que los habría de llevar al **Callao**, el paraíso de los burdeles:

Bajo el reloj de la Colmena, instalado frente a la plaza San Martín, en el paradero final del tranvía que va al Callao, oscila un mar de quepís blancos. Desde las aceras del Hotel Bolívar y el Bar Romano, vendedores de diarios, choferes, vagabundos, guardias civiles, contemplan la incesante afluencia de cadetes: vienen de todas direcciones, en grupos, y se aglomeran en torno al reloj, en espera del tranvía. (...) Los cadetes de tercero maldicen entre dientes cada vez que, el pie levantado para subir al tranvía, sienten una mano en el pescuezo y una voz: "Primero los cadetes, después los perros". [2001:102]

Una buena síntesis de la Lima de compartimentos estanco que menciona Vargas Llosa, está en estas citas de su gran novela *La ciudad y los perros*:

(...) los cadetes impresionan a las hembras, no a las de Miraflores, pero sí a las de Lince. (...) Subieron al Expreso en el paradero del Colegio Raimondi y bajaron en la plaza San Martín. (...) Decidieron ir al cine Metro. (...)

–El cine Metro es bonito –dijo ella–. Muy elegante. [2001:93]



El hotel Bolívar, escenario de la gran vida del centro de Lima, aún mantiene su solera original.



Clásico café del centro de Lima, prototipo de los frecuentados por periodistas vargasllosianos.
Calle Belén, cuadra 10.

Alberto, *el Poeta*, el joven perdido en laberintos existenciales que él mismo desconoce pero que lo desfasan de cualquier lugar donde se encuentre, sueña la secuencia de su romance tanto como la superación de un presente hostil, un presente de *perro*:

(...) la llevaré al parque Necochea (que está al final del malecón de la Reserva, sobre los acantilados verticales y ocre que el mar de Miraflores combate ruidosamente; desde el borde se contempla, en invierno, a través de la neblina, un escenario de fantasmas: la playa de piedras, solitaria y profunda). Pensó. [2001:136] (...) Alberto pensó: “Estudiaré mucho y seré un buen ingeniero. Cuando regrese, trabajaré con mi papá, tendré un carro convertible, una gran casa con piscina. Me casaré con Marcela y seré



un donjuán. Iré todos los sábados a bailar al Grill Bolívar y viajaré mucho. Dentro de algunos años ni me acodaré que estuve en el Leoncio Prado”.

[2001: 34 - 35]

El esfumado Barranco

Los personajes de esta novela se mueven en territorios limeños propios y ajenos. Algunas veces con un objetivo preciso, otras simplemente de tránsito a un lugar diferente. La constante es una visión a la vez ingenua y depresiva sobre la ciudad. Barranco, que fuera también una ciudad – balneario para la clase limeña oligárquica de fines del siglo XIX e inicios del XX, fue creciendo e incorporando una población propia segmentada entre una clase media alta acomodada y familias pobres que se asentaron allí, vinculadas al comercio, a los servicios



Alberto camina por las serenas calles de Barranco, entre casonas descoloridas de principios de siglo, separadas de la calle por jardines profundos. (La ciudad y los perros)

y ocasionalmente, junto con pobladores chorrillanos, a la pesca. La atmósfera sutilmente decadente de Barranco, sus ranchos y casonas adelantados por jardines casi de cuento, sus alamedas, su hoy desaparecida laguna, su plaza central, han sido escenario para la poesía modernista de José María Eguren y para la excepcional novela breve del poeta Martín Adán, *La casa de cartón*.

Alberto, el Poeta, siente a Barranco:

Alberto camina por las serenas calles de Barranco, entre casonas descoloridas de principios de siglo, separadas de la calle por jardines profundos. Los árboles, altos y frondosos, proyectan en el pavimento sombras que parecen arañas. De vez en cuando pasa un tranvía atestado; la gente mira por las ventanillas con aire aburrido.(...) Había bajado del tranvía en el paradero de la Laguna. Sobre el pasto, al pie de los árboles, parejas o familias enteras toman el fresco de la noche y los zancudos zumban a las orillas del estanque, junto a los botes inmóviles. [2001: 261- 262]

Desfile en el Campo de Marte

Otro lugar de Lima de mucho significado para los jóvenes de la generación de Alberto, fuera y dentro de la ficción de La ciudad y los perros, es el **Campo de Marte**, situado en el distrito de Santa Beatriz. Allí, todos los años, en las Fiestas Patrias (28 y 29 de julio) se realizaba un imponente desfile militar donde participaban los más renombrados colegios públicos y privados, masculinos, de la ciudad. El que más destacaba era el Colegio Militar Leoncio Prado, por los uniformes que vestían los cadetes, por la calidad marcial del paso y porque, vistos en conjunto, estos muchachos parecían deponer sus jerarquías internas cuando enfrentaban un objetivo común. Como en la guerra:

Alberto mira y, con sorpresa, descubre ante él la vasta explanada cubierta de hierba donde se emplazan los cadetes del Leoncio Prado el 28 de julio, para el desfile. [2001:257]

Centro y periferia

El Jaguar y Tere en la novela de Vargas Llosa, son ajenos a los dramas interiores de Alberto. Lo de ellos no es dostoiewskiano, parece ser más pedestre: el poder macho, el ideal de vida pequeño burgués, el *know how* para iniciar una relación de pareja en una época en la que los jóvenes

y las chicas se daban la mano al saludarse, la condición humana del común de los mortales. Ellos tienen sus escenarios, la periferia del centro de Lima con sus avenidas radiales, su monumentalidad pública (la **Penitenciaría** – donde hoy se levanta el **hotel Sheraton**–, el **Palacio de Justicia**, casi una réplica de un edificio belga), el **Parque de la Exposición**, el **Parque de Neptuno**, el **Parque de la Reserva** (hoy allí suenan trece piletas musicales). Pero también está, como un escenario de fuga, la salida hacia el sur de la ciudad, en el tranvía:

La esperé como siempre en la tienda de Alfonso Ugarte, y, cuando salió, me acerqué inmediatamente. Nos dimos la mano y empezamos a hablar de su colegio. Yo tenía las revistas bajo el brazo. (...) cuando cruzamos la plaza Bolognesi (...). [2001:257]

El tranvía Lima Chorrillos cruzaba la fachada rojiza de la Penitenciaría, la gran mole blancuzca del Palacio de Justicia y, de pronto, surgía un paraje refrescante, altos árboles de penachos móviles, estanques de aguas quietas, senderos tortuosos con flores a los márgenes y, en medio de una redonda llanura de césped, una casa encantada de muros encalados, altorrelieves, celosías y muchas puertas con aldabas de bronce que eran cabezas humana: el parque Los Garifos.” [2001:249]

Colegio Militar Leoncio Prado

El gran escenario para la puesta en escena de la historia de los cadetes, la militarización de sus relaciones, el durísimo camino hacia la masculinidad, tanto como para los zig zags que estos jóvenes hacen en sus salidas de fin de semana hacia la ciudad tentadora; ese peculiar espacio, es el Colegio Militar Leoncio Prado, situado en el distrito chalaco de La Perla, creado como tal en 1964. Este distrito, con una población actual aproximada de 60 mil habitantes, tiene un poderoso pasado prehispánico, que fuera investigado por el arqueólogo alemán Max Uhle. Durante la vida republicana, los malecones de La Perla se llenaron de hermosas casonas de veraneo, confirmando el *karma* limeño de dar cara al mar solo en



El Colegio Militar Leoncio Prado fue creado en 1943 y se calcula que por sus aulas han pasado más de 50,000 jóvenes.

esta estación del año. El tiempo y los cambios sociales determinaron que el distrito se empobreciera y en parte, pasara a engrosar la periferia marginal de la ciudad de Lima en su extensión hacia el **Callao**.

En la biografía de Mario Vargas Llosa está presente **La Perla**, cuando en su primera juventud vive con su padre una temporada en este distrito, al que luego deja para mudarse a Miraflores. La Perla se reeditó en la vida del novelista cuando ingresa al Colegio Militar Leoncio Prado. La atmósfera de los acantilados pelados en cuyas cimas se levantan las ruinas de mejores tiempos, debió haber sido en ese entonces, como hoy, decididamente fantasmal y angustiante.

Los muros amarillentos y descascarados del Leoncio Prado añaden lo suyo a esta sensación opresiva. Lo que había detrás de esos muros, no era mejor. Grandes bloques de edificios deshabitados entre los que ululaba el helado viento marino, pabellones abandonados, una inmensa piscina vacía, ruinas entre las que había que



(...) y el recinto del Colegio Militar Leoncio Prado se aclara como una habitación colmada de humo cuyas ventanas acaban de abrirse (...) (La ciudad y los perros)

formarse como hombres. Luego de un largo periodo de deterioro, el Leoncio Prado ha sido hoy recuperado para su finalidad inicial y ahora se vuelve a plantear como una alternativa educativa para jóvenes de todas partes del Perú.

El Leoncio Prado fue creado el 27 de agosto de 1943 por el presidente Manuel Prado. Se calcula que desde su fundación hasta hoy, han pasado por sus aulas, cuadras y campos deportivos, no menos de 50 mil jóvenes. Es célebre la secuela que crea en este colegio la publicación



de La ciudad y los perros, en el año 1963, antes de que al año siguiente Vargas Llosa ganara con ésta el premio Biblioteca Breve de Seix Barral. Entre la historia y la leyenda, se dice que el coronel que dirigía el colegio hizo quemar una ruma de ejemplares de la novela delante de todos los internos, como una demostración de su posición ante la cultura. Con todos estos ingredientes, el Leoncio Prado se ha convertido en parte sustancial del imaginario en torno a la obra de Vargas Llosa; el microcosmos de una sociedad que empezaba a fracturarse y que recurría, como un asidero final, a la mano dura de los militares

para restaurar el espinazo perdido del orden. La ciudad y los perros tiene, pues, como centro esencial, tópico físico y simbólico, escenario, locación y protagonista a este colegio militar:

Cuando el viento de la madrugada irrumpe sobre La Perla, empujando la neblina hacia el mar y disolviéndola, y el recinto del Colegio Militar Leoncio Prado se aclara como una habitación colmada de humo cuyas ventanas acaban de abrirse, un soldado anónimo aparece (...); cuando los veteranos escuchan la diana, a las seis, los perros y los de cuarto están desfilando ya por la puerta del colegio hacia el despoblado que une La Perla al Callao. (2001: 364]

El universo espacial de La ciudad y los perros termina trazando una línea divisoria entre La Perla –y el colegio militar– frente a Miraflores. En esta ecuación, el distrito chalaco marca el principio de la autoridad, la arbitrariedad y la lucha masculina por el poder. Miraflores, por el contrario, representa un regreso a la infancia, que al *perro* Alberto le reporta una pausa grata, de fin de semana, que el domingo por la noche se vuelve a cerrar para reeditar el infierno.

Conversación en La Catedral (1969)⁴

La cuarta obra de Mario Vargas Llosa, la monumental *Conversación en La Catedral*, se publica con gran éxito de lectoría y crítica. En este voluminoso relato de historias cruzadas, ya el autor deja ver con claridad su voluntad de crear una novela total, que integre vida y obra pero sobre todo, un universo coherente y unitario, un mundo autónomo de la realidad que lo inspira pero a la vez, el reflejo de esa realidad y de toda otra que se le asemeje. Porque el sentido de esta novela es la corrosión de una sociedad por el poder corrupto y dictatorial, que no solamente destruye instituciones sino que devasta conciencias, aparatos psíquicos y sistemas morales.

⁴ Peisa, Lima 2001

Otra versión de Miraflores

Miraflores, omnipresente en los relatos de Vargas Llosa, tiene una función en *Conversación en La Catedral*, ubicar con claridad el sector social de pertenencia de ciertos personajes, los que representan a las clases acomodadas. Allí están retratados lugares que ya hemos encontrado en los relatos anteriormente reseñados, el Crem Rica, la **Tiendecita Blanca** (entre Larco y **Ricardo Palma**), el Campo de Marte, La Herradura:



Las quintas miraflorinas en MVLI, expresan los valores de la clase media. Quinta entre Paseo de La República y Grimaldo del Solar

¿A las tres en el Crem Rica de Larco, flaco? A las tres en punto, pecoso. (...) Acababan de abrir la sucursal del Banco de Crédito y, por las ventanas del Crem Rica, Popeye veía cómo las puertas tumultuosas se tragaban a la gente que había estado esperando en la vereda. Hacía sol, los expresos pasaban repletos, hombres y mujeres se disputaban los colectivos en la esquina de Schell. [2001: 31- 33]

Vengan, suban al carro.

–A La Herradura a tomar milk shakes con hot dogs, papá –dijo Santiago.

–A la rueda Chicago que han puesto en el Campo de Marte, papá –dijo el Chispas. [2001: 70]

Avanzaron por Larco, mirando a las muchachas que salían de las tiendas, a las señoras que arrastraban cochecitos con bebés chillando. En el parque, Popeye compró Última Hora y leyó en voz alta los chismes, hojeó

los deportes, y al pasar frente a La Tiendecita Blanca hola Lalo. En la alameda Ricardo Palma arrugaron el periódico (...). [2001: 37]

El núcleo, el centro

Esta narración magistral tiene, sin embargo, como núcleo el centro de Lima, donde se ubicaban los locales de los diarios que circulaban en Lima, El Comercio, la Prensa, Última Hora, La Crónica. Ese centro en los años cincuenta es a la vez el corazón del poder, el espacio para el despliegue de la vida familiar de los limeños (las compras, el entretenimiento), el punto de reunión de una serie de recintos laborales de los sectores público y privado y –esencial en la novela– el concentrado de todas las opciones para la vida bohemia del clásico periodista de época, el hombre desencantado y ácido, que poca

Adentro, bajo el techo de calamina, se apiña en bancas y mesas toscas una rumorosa muchedumbre voraz. (Conversación en La Catedral)



diferencia encuentra entre una nota policial y una política. El fumador, putañero y bebedor, que se reúne al finalizar la jornada en bares, cafés o chinganas para descargar su frustración con otros colegas, a partir de la ingesta de botellas de cerveza cuya cuenta se va perdiendo a medida que la mesa se pone color de hormiga.

Es todavía en el centro que la batahola política impacta más que en el resto de la ciudad, la revuelta, ese hábito casi costumbrista que se enciende y se apaga, salvo que se instale sin pronóstico de fin, como en el caso de los golpes militares que han hecho de la historia republicana peruana, una suerte de tic tac entre el periodo democrático y la dictadura castrense.

Manuel A. Odría, *el general de la alegría*, como le llamaban sus partidarios, da un golpe militar contra José Luis Bustamante





Centro Cultural San Marcos, en el local de la primera universidad de América

y Rivero en el año 1948, y permanece en el poder hasta las elecciones de 1956, unos comicios convocados por él mismo ante el temor de las instituciones democráticas de que su régimen se perennizara en el poder. Odría contaba con un asesor en las sombras, la inspiración de Cayo Bermúdez –*Cayo Mierda*– en la novela, cuya especialidad eran lo que hoy conocemos como *psico sociales*, destinados a amedrentar a los opositores al régimen. Los demás personajes de *Conversación en La Catedral* tienen también sus propios referentes, y hay que buscarlos en el hombre de a pie, en una ciudad y en un época marcadas por la frustración, la asfixia y el aislamiento.

Desde la puerta de La Crónica Santiago mira la avenida Tacna, sin amor: automóviles, edificios desiguales y descoloridos, esqueletos de avisos luminosos flotando en la neblina, el mediodía gris. ¿En qué momento se había jodido el Perú? Los canillitas merodean entre los vehículos detenidos por el semáforo de Wilson voceando los diarios de la tarde y él echa a andar, despacio, hacia La Colmena. [2001:13]

La Catedral, no una iglesia

La Crónica era el centro de trabajo de Santiago Zavala, como lo fue el del joven periodista Mario Vargas Llosa. En la atmósfera gris de ese centro, aunque en una zona más

próxima a los barrios originales de Lima, en ese entonces muy degradados, próximos a un río Rimac contaminado, cuna de miseria y marginalidad, en un barcito de mala muerte cercano al **Puente del Ejército**, llamado La Catedral, se entabla entre Santiago y Ambrosio, el chofer de su padre, una charla de cuatro horas que pone el hilo conductor a la novela:

–Si tienen cerveza helada me gustará –dice Santiago–. Vamos, Ambrosio.

Parecía mentira que el niño Santiago tomara ya cerveza, y Ambrosio ríe, los recios dientes amarillos verdosos al aire: el tiempo volaba, caracho. Suben la escalera, entre los corralones de la primera cuadra de Alfonso Ugarte hay un garaje blanco de la Ford, y en bocacalle de la izquierda asoman, despintados por la grisura inexorable, los depósitos del Ferrocarril Central. Un camión cargado de cajones oculta la puerta de La Catedral. Adentro, bajo el techo de calamina, se apiña en bancas y mesas toscas una rumorosa muchedumbre voraz. Dos chinos en mangas de camisa vigilan desde el mostrador las caras cobrizas, las angulosas facciones que mastican y beben, y un serranito extraviado en un roto mandil distribuye sopas humeantes, botellas, fuentes de arroz. Mucho cariño, muchos besos, mucho amor truena una radiola multicolor, y al fondo, detrás del humo, el ruido, el sólido olor a viandas y licor y los danzantes enjambres de moscas, hay una pared agujereada –piedras, chozas, un hilo de río, el cielo plomizo– y una mujer ancha, bañada en sudor, manipula ollas y sartenes cercada por el chisporroteo de un fogón. Hay una mesa vacía junto a la radiola, entre la constelación de cicatrices del tablero se distingue un corazón flechado, un nombre de mujer: Saturnina. [2001: 24]

La descripción del interior del bar La Catedral, del que ahora quedan sus ruinas, pareciera el conjunto de indicaciones de un escenógrafo para una puesta en escena dentro de una clásica chingana peruana, o mejor, de una chingana de los años cincuenta, de la que el día de hoy vemos ciertos testimonios, aunque modernizados





Los estudiantes de San Marcos, donde MVLI estudió Derecho, también se divertían

con carteles de neón, televisores y congeladoras. Otro lugar del centro de Lima, de carácter altamente simbólico, es el **bar Negro Negro**, situado en la Plaza San Martín. El Negro Negro era tributario de las *caves* parisinas donde se crea y desfoga el Existencialismo, esa filosofía que parte de la muerte de Dios y se imbrica en lo cotidiano y en el arte, en el jazz, en la canción visceral de Juliette Greco. Nuestra *cave* también protagoniza importantes episodios de Conversación en La Catedral, aquellos ligados a una bohemia limeña de mayor sofisticación, un lugar al que Ambrosio jamás habría podido ingresar, pero Zavalita sí:

–He dejado sueldos íntegros aquí –dijo Carlitos

–Yo es la primera vez que vengo al Negro - Negro– dijo Santiago. Vienen aquí muchos pintores y escritores ¿no?

–Pintores y escritores náufragos. Cuando yo era un pichón, espiaba, escuchaba, cuando reconocía a un escritor me crecía el corazón. Quería estar cerca de los genios, quería que me contagiaran.[2001: 160]

El Negro Negro decayó y cerró, cuando el centro de Lima empezó también a declinar. Hoy asistimos a un nuevo intento por reflotarlo, en su misma, escondida, ubicación. Otros ámbitos en el centro de Lima marcan la identidad del personaje con su entorno. Los jirones viejos, decadentes pero llenos de vida, como el de **la Unión y Azángaro**. El antiguo local, antiquísimo, de la **Universidad de San Marcos**, la primera creada por los españoles en América, situada en el **Parque Universitario**, en cuyos claustros vetustos Mario Vargas Llosa estudió para abogado. Algunos signos de mayor clase y solera, como el **hotel Maury**, en cuyo bar, se dice, fue inventado el pisco sour. La respetable **Biblioteca Nacional**, cuando estaba ubicada en la **avenida Abancay**, hasta su traslado al flamante local actual de **Javier Prado**. El paradigmático **bar Palermo**, quizás el que más y mejor juntó a escritores, poetas y pintores por más de una generación, también muy cerca del Parque

Universitario, en **La Colmena** casi con Azángaro. La **Antigua panadería y pastelería Huérfanos**, con algo de fonda italiana, donde Juan Mejía Baca solía despachar y Martín Adán podía ser visto con un trago en la mano:

Bermúdez salió (...) del ministerio. ¿Era la hora de salida de las oficinas? Las calles estaban llenas de gente y de ruido. Se mezcló con la muchedumbre, siguió la corriente, fue, vino, volvió por aceras estrechas y atestadas, arrastrado por una especie de remolino o hechizo, deteniéndose a veces en una esquina o umbral o farol para encender un cigarrillo. En un café del jirón Azángaro pidió un té con limón (...). En una librería refugiada en un pasillo del Jirón de la Unión, hojeó novelitas, (...). Oscurecía ya y las calles estaban desiertas cuando entró al hotel Maury y pidió una habitación. [2001: 62 - 63]

-Yo es la primera vez que vengo al Negro-Negro -dijo Santiago. Vienen aquí muchos pintores y escritores ¿no? (Conversación en La Catedral) Entrada de lo que fue el Negro Negro, en la Plaza San Martín



(...) iban juntos a la biblioteca de San Marcos o a la Nacional.(...) Al salir de la universidad, (...) conversaban horas en El Palermo de La Colmena, discutían horas en la pastelería Los Huérfanos de Azángaro, comentaban horas las noticias políticas en un café-billar a espaldas del Palacio de Justicia. [2001: 93]

Pero hasta ahí, el territorio de lo conocido. Porque cruzando el Puente del Ejército, se entraba a una *terra incognita*, un espacio de malandrines, prostitutas, vivanderas callejeras y una vieja historia urbana como telón de fondo. Fue allí que se verbalizó una oración que ha terminado siendo un punto de inflexión en la reflexión sobre nuestro país, *¿en qué momento se había jodido el Perú?* [2001:13]



(...) al otro lado del puente, en el Rímac, (...) muchachos con caras de matones, matones con caras de tuberculosos fumaban bajo los rancios faroles de Francisco Pizarro, y Santiago avanzó entre cantinas que escupían borrachitos tambaleantes y los mendigos, las criaturas desarrapadas y los perros sin dueño de otras veces (...). [2001: 162]

... conversaban horas en El Palermo de La Colmena, discutían horas en la pastelería Los Huérfanos de Azángaro. (Conversación en La Catedral)





Reseña biográfica

Resumimos la “biografía” de los relatos que sirven de base a la presente guía, con los momentos de la vida del autor que les están relacionados.

Mario Vargas Llosa nace en Arequipa, el 28 de marzo de 1936. La familia se muda al año siguiente a Cochabamba, en Bolivia, donde Vargas Llosa estudia la primaria en el colegio La Salle.

En 1946 los Vargas Llosa parten a Piura, donde el joven Mario termina la primaria. Al año siguiente, se traslada a Lima y en el La Salle de la capital del Perú inicia la secundaria.

En 1950, por presión paterna, ingresa al Colegio Miliar Leoncio Prado, donde permanece interno dos años. La secundaria la termina en Piura, en el colegio nacional San Miguel. En esta ciudad incursiona en el periodismo impreso y radial, y dirige su obra de teatro, La huída del Inca.

El 1953 vuelve a Lima para estudiar Leyes en San Marcos, a la vez que se licencia en Literatura. En 1955 hace periodismo en diversos medios impresos de Lima, y es también Director de Informaciones de Radio Panamericana.

En 1957 viaja a París para recibir el premio de la Revue Française por su relato El desafío. Dos años más tarde parte becado a Madrid. Publica Los jefes, con el que gana el premio Leopoldo Alas. Se muda a París, donde continúa trabajando como periodista.

La ciudad y los perros aparece publicada en 1963 y al año siguiente gana el premio Biblioteca Breve de Seix Barral. En 1966 publica Los cachorros.

En 1969, Conversación en La Catedral. La tía Julia y el escribidor aparece en 1977. Otros dos libros con importantes referencias a Lima, son El pez en el agua y la obra de teatro El loco de los balcones, ambas lanzadas en 1993. La biografía de Mario Vargas Llosa es extensa y muy rica en producción literaria, ensayística, dramática, política y periodística. La infinidad de reconocimientos del más alto nivel que tanto el autor como su obra han recibido y continúan recibiendo, confirman el carácter universal de quien está considerado entre los intelectuales más influyentes del mundo.

Obras de Mario Vargas Llosa:

- La huída del Inca (1952)
- El desafío (1957)
- Los jefes (1959)
- La ciudad y los perros (1963)
- La casa verde (1966)
- Los cachorros (1967)
- Conversación en La Catedral (1969)
- Carta de batalla por Tirant lo Blanc (1969)
- Historia secreta de una novela (1969)
- García Márquez: historia de un deicidio (1971)
- Pantaleón y las visitadoras (1973)
- La orgía perpetua: Flaubert Madame Bovary (1975)
- La tía Julia y el escribidor (1977)
- La señorita de Tacna (1981)
- La guerra del fin del mundo (1981)
- Entre Sartre y Camus (1981)
- Kathie y el hipopótamo (1983)
- Historia de Mayta (1984)
- La suntuosa abundancia (1984)
- Contra viento y marea, volúmenes I (1962-1972) y II (1972-1983)
- La Chunga (1986);
- ¿Quién mató a Palomino Molero? (1986)
- El hablador (1987)
- Elogio de la madrastra (1988)
- Contra viento y marea, volumen III (1983-1990)
- La verdad de las mentiras, ensayos literarios (1990)
- A Writer's Reality (1991)
- Un hombre triste y feroz (1992)
- El pez en el agua (1993)
- El loco de los balcones (1993)
- Lituma en los Andes (1993)
- Desafíos a la libertad (1994)
- Ojos bonitos, cuadros feos (1994)
- La utopía arcaica, José María Arguedas y las ficciones del indigenismo (1996)
- Los cuadernos de don Rigoberto (1997)
- Cartas a un joven novelista (1997)
- La fiesta del Chivo (2000)
- El lenguaje de la pasión (2001)
- El paraíso en la otra esquina (2003)
- Diario de Irak (2003)
- La tentación de lo imposible (2004)
- Dictionnaire amoureux de l'Amérique Latine (2005)
- Israel/Palestina. Paz o guerra santa (2006)
- Travesuras de la niña mala (2006)
- Odiseo y Penélope (2007)
- Diálogo de damas (2007)
- Al pie del Támesis (2008)

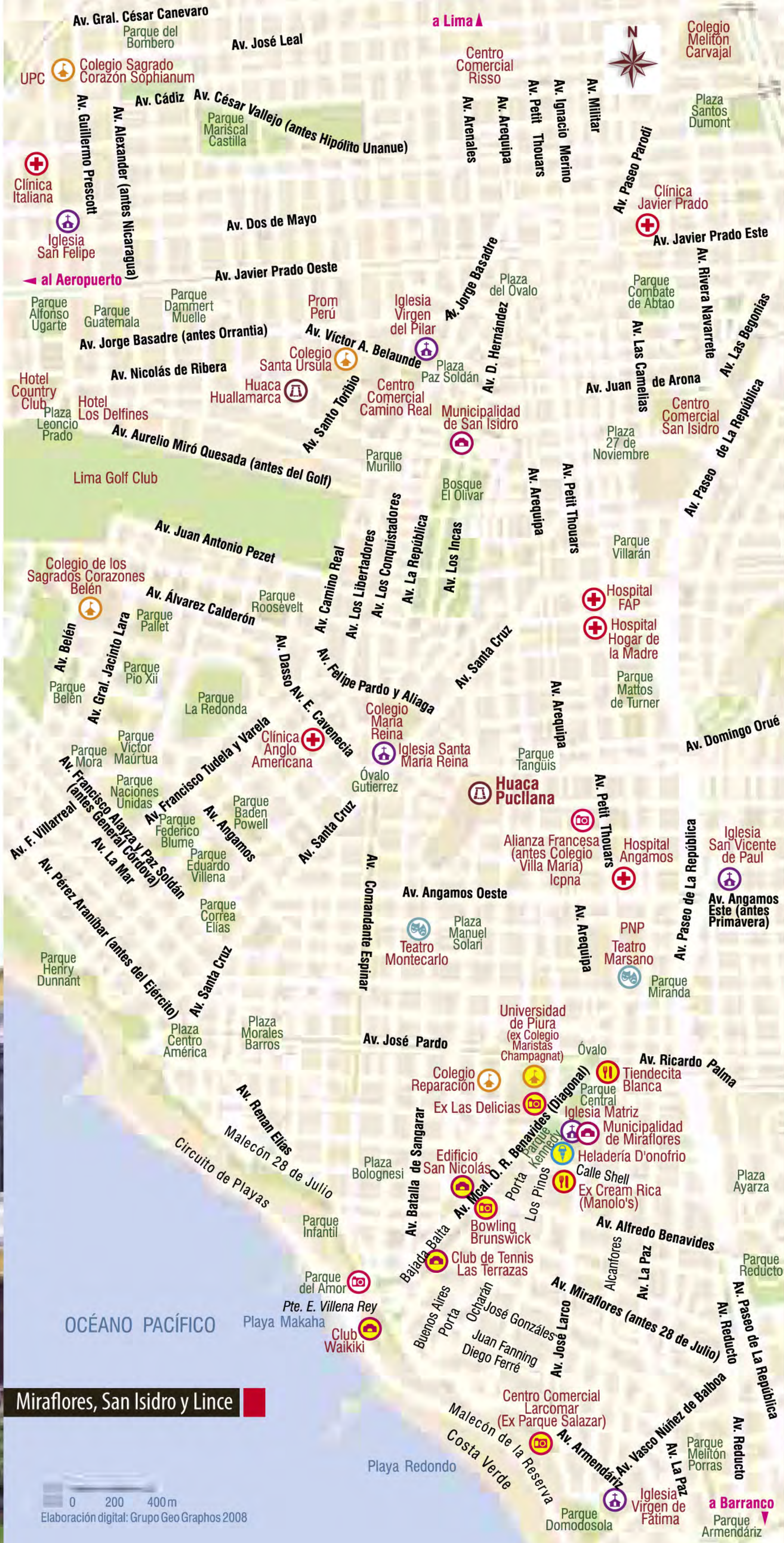


Pileta del patio central del antiguo local de la Universidad Nacional de San Marcos, en el Parque Universitario.

“Y ocurre que en realidad Miraflores soy yo también...” (Mario Vargas Llosa, entrevista en 7 días del Perú y del mundo, 1969)

Añoso patio de San Marcos, en una fotografía de los años cincuenta

Clásico rancho mirafloresino, en la calle José Gonzáles, cerca del barrio Diego Ferré



Miraflores, San Isidro y Lince



Centro de Lima y La Victoria

L E Y E N D A

- | | | |
|---------------------|------------------|--|
| Atractivo turístico | Restaurante | Aeropuerto |
| Casona | Heladería | Atractivo mencionado en las obras de MVLL |
| Iglesia | Centro de salud | Fuentes: Instituto Nacional de Estadística 2007; Promperú 2008 |
| Teatro | Centro educativo | |

Información y asistencia al turista



Teléfono (511) 574 8000
iperu@promperu.gob.pe
24 HORAS
www.peru.info



Archivo familia Vargas Llosa

La Lima de Mario Vargas Llosa Rutas literarias

Textos y edición general: **Rafo León**
Asistencia de investigación: **Pilar Cantella**
Fotos: **Miguel Carrillo, Billy Hare, archivos diversos**
Diagramación: **Carlos Abril de Vivero**
Planos: **Grupo Geo Graphos**

Una publicación de la Comisión de Promoción del Perú
para la exportación y el turismo.
©PromPerú. Todos los derechos reservados.
www.peru.gob.pe

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2008 - 09392
Lima, Agosto 2008

Agradecimientos: **Familia Vargas Llosa, Centro Cultural de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Alicia Morales, María del Carmen Ghezzi, Lucía Muñoz Nájar, Rosario Muñoz Nájar de Bedoya, Luis Repetto, diario El Comercio, Max Silva Tuesta, Félix Nakamura, Juan Gargurevich, Sergio Vilela, Rodrigo Cabrera, Carla Sagástegui, Luisa Arenas, biblioteca del colegio Alexander Von Humboldt, Universidad Mayor de San Marcos.**

Foto de carátula: Félix Nakamura, archivo Juan Gargurevich

www.peru.info



Distribución gratuita. Prohibida su venta.